

Los mejicanos miraban con ira á los aliados ocuparse en la destruccion de los edificios. Todos habian sido feudatarios de Méjico, y al ver á los que antes les temian y respetaban, derrocar atrevidos las casas y palacios de la corte de los reyes aztecas, les decian á grandes gritos: «Sí; afanaos en destruir los edificios, mejor; así, cuando venzamos, os haremos que los construyais mejores y mas espaciosos para nosotros; y si los hombres blancos quedan vencedores, los levantareis para ellos» (1).

La destruccion de cada casa costaba, sin embargo, un combate á los sitiadores, no terminando la lucha ni un solo momento durante la demolicion. A la caida de la tarde, los escuadrones aztecas se reunian en considerable número en cada uno de los tres puntos por donde las divisiones de Cortés, de Sandoval y de Pedro de Alvarado operaban. Era la hora en que los españoles volvian á sus cuarteles, y en cuya retirada se veian acosados siempre por los sitiados. Los españoles, para evitar que en la marcha de retroceso reinase la menor confusion, hacian que los numerosos escuadrones aliados marchasen por delante en que no habia peligro ninguno, dejando libre la calzada; pues el excesivo número podia entorpecer los movimientos de la retaguardia, formada por los arcabuceros y la caballería. Los mejicanos se arrojaban como feroces tigres sobre los castellanos desde que daban el primer paso

(1) «Los de la ciudad, como veian tanto estrago, por reforzarse decian á nuestros amigos, que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se los harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros.»—Tercera carta de Cortés.

hacia su campamento. Ansiosos de hacer algunos prisioneros, para ofrecerlos á sus dioses, llegaban á meterse hasta los piés de los caballos, dando horribles alaridos y descargando una lluvia de flechas. Bernal Diaz y Hernan Cortés manifiestan que la osadía con que eran acometidos por los mejicanos al retraer, tocaba los límites de la temeridad. Para salvarse de aquellos furiosos ataques, el caudillo español, así como Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, recurrían á las celadas; pero no alcanzaban atemorizar á sus contrarios. Hernan Cortés dispuso al fin una, que le dió el resultado que anhelaba.

Ordenó que diez soldados de caballería se dirigiesen muy de mañana con la infantería y los aliados, hacia los puntos ganados de la ciudad. La fuerza debia ocuparse, como siempre, de ganar nuevas zanjas, que los zapadores indios cegarian con los escombros de los edificios contiguos que derribarian inmediatamente. La columna seguiria el avance hasta donde le fuera posible, despues de dejar nivelado el piso, y emprenderia su marcha hacia los cuarteles á la hora de costumbre. Para entonces, el general tendria ocultos, en los palacios de la plaza, treinta jinetes que dejarían pasar á los mejicanos que marchasen picando la retaguardia, cayendo luego sobre ellos. Dispuesto el plan de la manera referida, Hernan Cortés, para llamar la atencion de los sitiados, subió con algunos soldados á la cúspide plana del grandioso *teocalli* que ocupaba el sitio en que hoy luce su régia arquitectura la hermosa catedral. Los mejicanos, al ver á los españoles pasearse en la elevada meseta, lanzaron terribles gritos de indignacion, teniendo por cierto que los hombres blancos

dirigirian insultos á sus dioses. Mientras el jefe español recorría con la vista los puntos ocupados por los suyos y los contrarios, los que con él estaban abrieron, por curiosidad, uno de los sepulcros en que se hallaban depositadas las cenizas de uno de los nobles del reino. La sorpresa fué grande, pues en él encontraron, en diversos objetos de oro, algo mas de mil duros, pues era costumbre entre las naciones de Anáhuac, colocar en las sepulturas de los elevados personajes objetos de valor (1). Llegada la hora de retraer, el caudillo español bajó de la torre y se dirigió al sitio en que se hallaban ocultos los jinetes. Entre tanto, la division que estaba á distancia muy avanzada emprendió su retirada al cuartel, perseguida, como siempre, en su retaguardia por los mejicanos. Al llegar á la plaza, los catorce jinetes que marchaban con la columna hicieron alto, manifestando intencion de arrojarse sobre sus contrarios, pero volviendo á continuar la retirada, como temerosos de ser destrozados. Los aliados, que habian comprendido que se trataba de una celada, fingian tambien deseos de llegar al campamento. Los mejicanos, engañados por las apariencias, se lanzaron entonces sobre los españoles «con tanto furor, dice Cortés, que se acercaban hasta los piés de los caballos, siguiendo á la columna hasta la entrada de la calle de Iztapalapan.» En aquellos instantes sonó un tiro de arcabuz; y á esta señal conveni-

(1) «Y me subí en la torre alta, y estando allí unos españoles, abrieron una sepultura, y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil y quinientos castellanos.» (Tercera carta de Cortés.) El castellano era una moneda cuyo valor era de catorce reales vellon y 14 maravedises.

da, salieron los treinta jinetes de los edificios, y al grito de «Santiago», se lanzaron sobre los aztecas, atropellando á unos, matando á otros y poniendo en desórden á todos. Los aliados, con la ligereza de la pantera, corrieron en alcance de los fugitivos que se hallaban atajados en la plaza por la caballería, y llegaron á hacer en ellos terrible carnicería. Pasaron de quinientos los muertos hechos en aquel instante, la mayor parte personas de valía y de notable esfuerzo. Los aliados se apresuraron á cortar las piernas y los brazos de los que habian perecido, y en la noche se regalaron con ellos en sus horribles banquetes de caníbales, que no tenia poder Cortés para evitarlos (1). Desde ese día, los mejicanos no se atrevian á perseguir de cerca á los españoles cuando se retraian á sus cuarteles (2).

Hernan Cortés continuó entrando los siguientes dias en la ciudad, ganando fosos y cubriéndolos con los escombros de los edificios que se destruian. La calle por donde avanzaba con objeto de ponerse en comunicacion con el campamento de Pedro de Alvarado, era la de Tacuba. Activando los trabajos de la demolicion y tomando despues de repetidos combates los fosos y puentes defendidos heroicamente por los sitiados, logró el 24 de Julio hacerse dueño

(1) «De manera que desta celada se mataron mas de quinientos, todos los mas principales y esforzados y valientes hombres; y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Cobraron desta nuestra victoria los enemigos tanto temor, que nunca mas en todo el tiempo de la guerra osaron entrar en la plaza ninguna vez que nos retraiamos, ó qué haciamos.»—El mismo.

de ella. Abierta así la comunicacion, el jefe castellano emprendió su avance, en el mismo dia, por la calle principal que conducia al mercado de Tlatelolco, la misma que hoy lleva el nombre de calle del Factor, y que despues de la conquista se llamó de Guatemotzin. Los mejicanos la habian puesto en un estado de defensa formidable. Anchos fosos con espesas trincheras levantadas en el opuesto lado se veian á lo largo de ella. Las azoteas se hallaban coronadas de bravos guerreros, provistos de armas arrojadizas. Los españoles emprendieron el ataque sobre un vasto edificio de piedra tezontle que estaba guarnecido por guerreros de la mas distinguida nobleza. Aquel edificio era el palacio del emperador Guatemotzin, vasta fábrica que se extendia en una área considerable y que tenia todo el aspecto de una fortaleza. Era un conjunto de edificios de un solo piso, como casi todos los de la capital; pero defendido por anchas torres colocadas convenientemente, y cercados de agua, con puentes levadizos en diversos puntos. No se hallaba habitado en aquellos momentos por Guatemotzin, que tenia su alojamiento en uno de los palacios de Tlatelolco, en que estaba el cuartel general; pero lo guarnecia, como he dicho, una fuerza escogida de guerreros aztecas. La defensa fué tenaz y brillante; pero al fin los mejicanos se vieron precisados á retirarse, y el palacio fué entregado á las voraces llamas, que pronto lo convirtieron en un monton de negras ruinas (1).

(1) «Y quemamos las casas del señor de la ciudad... que se decia Guatimucin... y en estas casas tenian los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua.» — Tercera carta de Cortés.

Los españoles siguieron avanzando, apoderándose de todos los puntos que atacaban y obligando á los defensores á replegarse á Tlatelolco. Varios puentes fueron ganados y destruidas todas las casas que hasta ellos llegaban. Hernan Cortés se veia dueño, el 24 de Julio, de tres cuartas partes de la ciudad. Los mejicanos se encontraban reducidos á la cuarta parte restante, que se conocia con el nombre de Tlatelolco. Sin embargo, era la mas fuerte, por haber en ella mas agua y grandes obras de defensa.

Nuevos ataques dados al siguiente dia á la ciudad, le hicieron á Cortés dueño de una ancha calle en que los mejicanos habian hecho un foso de extraordinaria anchura, defendido por formidables parapetos. Era uno de los puntos que los sitiados consideraban inespugnable y en que esperaban alcanzar un gran triunfo. Pero aunque combatieron con el valor y ardimiento que distinguia á los mejicanos, se vieron precisados á retirarse. No expresa el conquistador la anchura ni la profundidad de ese foso; pero se concibe que fué de enormes dimensiones, cuando no pudo ser cegado en todo el dia, no obstante la actividad desplegada por los aliados zapadores y del considerable número de gente ocupada en la demolicion de los edificios que ostentaba la calle de uno y otro lado, cuyos escombros se arrojaban para nivelar el piso (1).

La situacion de los mejicanos era cada vez mas penosa. Por los prisioneros hechos en la toma del ancho foso, supo

(1) «Y ganámosles una calle muy ancha de agua, en que ellos pensaban que tenian mucha seguridad... y en todo este dia no se pudo, como era muy ancha, de acabar de cegar...» — Tercera carta de Cortés.

Hernan Cortés el estado de penuria y de miseria en que se hallaban los habitantes de la plaza. Llevaban muchos días de no sustentarse mas que de raíces: los árboles habían sido despojados de sus hojas, mirándolas como un precioso alimento, y cuando quedaron sin ellas, se alimentaron de sus cortezas. No era la bebida que tenían mejor que los comestibles. Era una agua salobre y hedionda que tomaban de los pozos que habían abierto en varios puntos de la ciudad, y que únicamente una necesidad extrema puede resolver al hombre sediento á tomarla (1). Con estos miserables y malsanos alimentos, las enfermedades mas extrañas se desarrollaron por toda la ciudad, causando diariamente millares de víctimas que quedaban insepultas en las calles, en las casas y en las plazas. Niños y mujeres, en número infinito, debilitados por el hambre, vagaban escuálidos y macilentos por las orillas de las acequias, buscando algunas yerbas ó reptiles con que sustentar sus desfallecidos cuerpos. Únicamente para los que empuñaban las armas había aun algun poco de maíz que se repartía en escasos granos, que apenas bastaban para conservar la vida. Extenuados por el hambre, ya no volvían á abrir por la noche las zanjas y puentes que cegaban los sitiadores. Carecían de vigor en los brazos para entregarse á ese duro y penoso trabajo que al principio esterilizaba las ventajas obtenidas durante el día por los castellanos. El nuevo plan de Cortés de no avanzar un paso sin derri-

(1) «No tenían agua dulce para beber, ni para ninguna manera de comer; bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y desta manera enfermaron muchos y murieron muchos.»—Sahagun. *Historia de Nueva España*, MS.

bar los edificios para cegar los fosos, les fué verdaderamente fatal. Abandonados de la victoria desde ese instante, no lograban hacer ya prisioneros que, despues de ser sacrificados á sus dioses, calmasen su hambre devoradora.

Hernan Cortés, esperando que hostilizándoles sin descanso, lograria que solicitasen la paz, continuaba avanzando y destruyendo; pero se equivocaba. Los mejicanos habían resuelto defenderse hasta morir, y firmes en su invariable propósito, levantaban nuevas trincheras y abrían nuevos fosos. No esperaban ya el triunfo; pero querían la muerte del valiente y del patriota.

El esforzado Guatemotzin manifestaba con su heroica resistencia, que si sucumbía, sería correspondiendo con sus hechos al significado de su nombre. Significando *águila que cae ó que se precipita*, quería caer como la emperatriz de las aves, luchando con gloria, y alcanzando en esa lucha desgraciada, pero honrosa, la gloria de los héroes.

Los ataques sobre la ciudad siguieron, de parte de los sitiadores, con la misma actividad y fortuna. Hernan Cortés se apoderó el 26 de Julio, despues de un reñido combate, de dos profundas y anchas acequias que cortaban una de las calles principales, próximas al mercado de Tlatelolco. Cegadas inmediatamente con los escombros de las casas que se levantaban de uno y otro lado, avanzó hasta un *teocalli* de segundo orden, que también fué tomado. Un espectáculo triste se presentó á la vista de los españoles al subir al átrio superior del idolátrico templo piramidal. Al lado de la torre que constituía el santuario en que estaban los horrendos ídolos de la abominable religion